



NAVIO DE GUERRA.

Entre las creaciones del hombre mas dignas de maravilla, ocupan uno de los primeros lugares, sin duda alguna, esos inmensos armazones de madera destinados á surcar atrevidamente los mares, desafiando el furor de las olas y rigor de los vientos. Por este medio el hombre ha salvado las enormes estensiones de agua que separaban antes los pueblos, y se han puesto en comunicacion, estableciendo lazos de fraternidad que de otro modo no existirían nunca, regiones condenadas, á no ser por la navegacion, á vivir eternamente ignoradas unas de otras. Una vez facilitado el tránsito libre por el mar, hizo necesario atender á la seguridad reciproca de los navegantes y á los medios de su defensa, y de ahí el origen de la marina de guerra, que ha venido á ser uno de los mayores elementos de fuerza y de poder de las naciones.

Los navios que son la mayor y mas importante especie de los buques de aquel género, merecen por mas de un concepto fijar la atencion, no ya de los que tengan conocimientos ó relaciones maritimas, sino de todas las personas curiosas. El grabado que encabeza

este número dá una idea completa de la cubierta de una embarcacion de este género: el que estampamos en la página 133 la dá mas detallada aun de todas las divisiones y distribuciones de un navio de guerra, cuyo corte perpendicular representa. Estas láminas hacen supérfluo todo género de esplicaciones.

NOTA

DE LAS PERSONAS QUE INTERVIENEN EN LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

El cura del lugar de don Quijote, *Pero Perez*.

El barbero de idem, *maese Nicolás*.

(1) El único objeto que nos hemos propuesto al formar esta nota ó extracto, y un resumen, por órden cronológico, de las principales aventuras de Don Quijote, cuyo resumen se insertará mas adelante, es el de que muchos de nuestros lectores recuerden con facilidad las bellezas de todas clases en que abunda el libro del inimitable manco de Lepanto.

28 DE ABRIL DE 1850.

Aldonza Lorenzo, ó sea *Dulcinea del Toboso*.

El dueño de la venta donde se armó caballero.

Las mozas del partido que iban á Sevilla y que se hallaban en la citada venta, llamadas *la Tolosa* y *la Molinera*.

Juan Haldudo, el rico vecino de Quintanar.

El muchacho *Andrés*, criado del anterior, á quien su amo tenía atado á una encina y le estaba pegando muchos azotes con una pretina, por suponer que por su descuido le faltaba cada día una oveja de las que guardaba.

Los seis *mercaderes toledanos* que iban á comprar seda á Murcia, y uno de los mozos de mulas que llevaban.

El *labrador* que le encontró en el suelo sin poderse mover de los golpes que le pegó dicho mozo de mulas, y que por compasión le llevó al pueblo.

El ama de don Quijote.

La sobrina de idem.

Su escudero *Sancho Panza*.

Mari Gutierrez ó *Teresa Panza* ó *Cascajo*, muger del anterior.

Los dos frailes de la orden de San Benito, á quienes encontró en el puerto Lápice, y sus mozos.

La *señora vizcaína* que iba á Sevilla en un coche á reunirse con su marido.

Don Sancho de Aspeitia, escudero, también vizcaíno, que dijo á don Quijote aquello de «anda caballero, que mal andes, etc.»

El muchacho que fué á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero de el Alcaña de Toledo.

El morisco aljamiado que tradujo al castellano por dos fanegas de trigo y dos arrobas de pasas la «Historia de don Quijote», escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli, cuya historia comprendía uno de dichos cartapacios, los cuales y los demás papeles compró el autor por medio real.

Los *cabreros* que obsequiaron á don Quijote.

El *zagal* compañero de aquellos llamado *Antonio*.

Los seis *pastores* vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnalda de ciprés y de amarga adelfa, que concurrían al entierro de su compañero *Grisóstomo*.

Los dos *gentiles hombres* de á caballo, llamado uno *señor Vivaldo*, que iban con los anteriores y con tres mozos de á pie que los acompañaban.

Los veinte *pastores* que por la quiebra de dos altas montañas bajaban, todos con pellicos de lana negra vestidos, seis de los cuales conducían en unas andas el cuerpo de *Grisóstomo*.

La hermosa pastora *Marcela*.

Los *arrieros yangués* que llevaban una manada de hacas galicianas.

El *ventero* á donde fueron á parar don Quijote y Sancho Panza después de apaleados por los anteriores, y cuya venta se imaginó el primero que era castillo.

La muger é hija de dicho ventero.

La moza asturiana llamada *Mariñornes*.

El *arriero rico* de *Arévalo* que se encontró en la repetida venta, algo pariente de Cide Hamete Benengeli.

El *cuadrillero* de la *Santa Hermandad vieja* de Toledo que asió de las barbas á don Quijote después de lo ocurrido en el camaranchón con *Mariñornes* y los demás.

Los cuatro *perales* de Segovia, los tres *agugeros* del potro de Córdoba y los dos *vecinos* de la hería de Sevilla que mantearon á Sancho Panza.

Los *pastores* y *ganaderos* de los dos rebaños de ovejas que se le figuraron ser los ejércitos del emperador Alifanfarrón y de su contrario Pentapolín.

Los *encamisados* que, de noche, á caballo y con hachas encendidas, llevaban desde Baeza á Segovia un cadáver dentro de una litera.

El bachiller *Alfonso Lopez*, natural de Alcovendas, uno de dichos encamisados, á quien tanto mal trató *Don Quijote*, si bien luego le pidió perdón del agravio.

El *barbero* á quien quitó la vacía de azofar que llevaba en la cabeza, por suponer que era el yelmo de Mambrino.

Ginés de Pasamonte, ó *Ginesillo de Parapilla* y los otros once galeotes, á quienes dió libertad.

Los dos *hombres* de á caballo y los dos de á pie que custodiaban y conducían á los anteriores.

El *cabrero* de *Sierra Morena*, que dió razon del sugeto de quien eran el cogan y la maleta que se encontraron.

Cardenio.

La bella *Dorotea*.

Don Fernando y su esposa *Luscinda*.

Los cuatro *hombres* que iban á caballo á la gineta, con lanzas y adargas y con antifaces negros, y los dos mozos de á pie, todos los cuales entraron en la venta donde servía *Mariñornes*.

Lela Zoraida y *Rui Perez de Viedma*, capitán cautivo, que la acompañaba.

El licenciado *don Juan Perez de Viedma*, hermano del anterior, oidor de la audiencia de Méjico, su hija *Doña Clara* y los hombres de á caballo que acompañaban á ambos.

El caballero *don Luis*, supuesto mozo de mulas, novio de la doña Clara, «que de tal manera cantaba que encantaba.»

Los cuatro *hombres* de á caballo muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones, que iban en busca del *don Luis*, de orden del padre de este.

Los dos *huéspedes* que habían intentado irse de la venta sin pagar lo que debían.

Los tres *cuadrilleros* que entraron en la venta y que tomaron parte en la gran contienda que se armó sobre la vacía y albarda que quitó *don Quijote* al barbero que encontró en el camino.

El *Canónigo de Toledo* y los otros cinco ó seis criados suyos que encontraron á *don Quijote* metido en la jaula y á los que le custodiaban.

El *cabrero Eugenio*, que iba tras la hermosa cabra que tenía toda la piel manchada de negro, blanco y pardo.

Los *hombres vestidos de blanco*, á modo de disciplinantes, que llevaban en procesión y rogativa á la Virgen.

El *boyero* del carro donde iba don Quijote metido dentro de la jaula.

El bachiller *Sancho Carrasco*.

El mozo de mulas criado de un labrador rico del Toboso, que iba cantando el romance de

«Mala la hubiste, franceses,
en esa de Roncesvalles.»

Las tres *labradoras* del Toboso que iban sobre tres pollinos ó pollinas, las cuales supuso Sancho que eran *Dulcinea* y dos doncellas suyas.

Los cómicos de la compañía de Angulo el malo.

El *Caballero del Bosque* ó de los Espejos.

Tomé Cecial, escudero del anterior.

Don Diego de Miranda, ó el caballero del verde gaban, y su esposa doña *Cristina*.

Don Lorenzo, hijo de los anteriores.

Los *pastores* que estaban junto al camino ordeñando unas ovejas, á los cuales compró Sancho unos requesones, que metió, por la prisa, en la celada de su amo.

El *conductor* del carro donde iban los leones que el general de Oran enviaba á la corte, presentados á S. M.

El *leonero* á quien obligó don Quijote á que abriese la jaula donde iba el leon macho.

Los dos *labradores*, el *Licenciado* y el bachiller *Corchuelo*, que iban caballeros sobre cuatro bestias asnales.

Camacho el rico.

La hermosa *Quiteria*.

El despechado *Basilio*.

Los músicos regocijadores de la boda de los dos primeros.

Los muchos que andaban ocupados en levantar andamios de donde, con comodidad, pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer para celebrar las bodas de que se ha hablado antes.

Los cincuenta ó mas *cocineros* y *cocineras* que estaban preparando la opípara comida de las referidas bodas.

El otro *cocinero* que dió á Sancho tres gallinas y dos gansos, indicándole que se desayunase con aquella espuma, en tanto que se llegaba la hora del yantar.

Los doce *labradores* que sobre doce hermosísimas yeguas y con ricos y vistosos jaeces dieron muchas carreras por el prado.

Los veinticuatro *zagales* que componían la danza de las espadas, y el que las guiaba.

Las doncellas hermosísimas que componían la otra danza, tan mozas que, al parecer, ninguna bajaba de catorce, ni llegaba á diez y ocho años, y el venerable viejo y la anciana matrona que las guiaban, y también el que las hacía el son con una gaita zamorana.

Los que representaban ocho *Ninfas*, y el dios *Cupido*, y el *Interés* que guiaban á aquellos.

Los cuatro *diestros* *tañedores* de tamboril y gaita que hacían igualmente el son á los anteriores.

Los que figuraban los cuatro *salvajes* que tiraban del castillo de madera llamado del buen recato.

La parentela de los novios *Camacho* y *Quiteria*, el *Cura* y toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta, que acompañaban á los primeros.

El famoso *estudiante*, primo del licenciado que acompañó á don Quijote á la Cueva de Montesinos.

El *sota-ermitaño* á quien pidió Sancho de lo caro, y le respondió

que no lo tenía su amo, pero que si quería agua barata se la daría de muy buena gana.

El hombre que llevaba un macho cargado de lanzas y de alabardas, y que luego contó en la venta la historia del rebuzno.

El mancebito que iba á sentar plaza, y que, entre otras seguidillas, cantó aquella de

«A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros
no fuera en verdad.»

El muchacho criado de Maese Pedro, intérprete y declarador de los misterios del retablo de aquel.

El dueño de la venta donde, entre otras cosas, ocurrió el destrozo de las figuritas de dicho retablo.

Los doscientos ó mas hombres armados de diferentes suertes de armas, como lanzones, ballestas, partesanas, alabardas, picas, arcabuces, y rodela, del pueblo del rebuzno, que por no haber salido á la batalla sus contrarios se volvieron á sus casas regocijados y alegres.

Los molineros que detuvieron el barco donde se metieron don Quijote y Sancho.

Los pescadores dueños de dicho barco.

El Duque, la Duquesa y los cazadores del primero.

Las dos hermosas doncellas que al entrar en el gran patio del castillo de los Duques echaron sobre los hombros á don Quijote un gran manto de finísima escarlata.

Los criados y criadas que en un instante coronaron todos los corredores del patio de dicho castillo.

La dueña doña Rodríguez de Grijalea y las otras que la acompañaban.

Las seis doncellas que desarmaron á don Quijote y le sirvieron de pajes.

Los doce pajes que con el maestresala le llevaron á comer con los Duques.

El grave eclesiástico que se hallaba en el castillo de aquellos.

Las cuatro doncellas que, acabada la comida, se presentaron con una fuente de plata y otras cosas, y empezaron á lavar y jabonar el rostro de don Quijote.

Los muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina, y otra gente menuda que fueron persiguiendo á Sancho con un artesoncillo de agua que, en la color y poca limpieza, mostraba ser de fregar.

Los monteros y cazadores que concurrieron á la caza de montería que dispusieron los duques.

El que hacia de postillon, que en traje de demonio, anunció que iba á buscar á don Quijote.

Los que componían las supuestas tropas de encantadores, diablos, etc. incluso el mayordomo que hacia de Merlin y que anunció en verso el raro modo de desencantar á la simpár Dulcinea del Tóbo.

Los que figuraban los tres tristes músicos que acompañaban á los supuestos Trifaldín el de la barba blanca, la condesa Trifaldí y sus doce dueñas.

Los que igualmente figuraban cuatro salvajes vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros llevaron el gran caballo de madera llamado Clavileño el aligero.

La mucha gente que con el maestresala acompañó á Sancho cuando fué á tomar posesion de la Insula Barataria.

Emerencia y Altisidora, doncellas de la duquesa.

El regimiento de la Insula Barataria.

El sastre, el labrador, los dos hombres ancianos, la muger y el hombre, vestido éste de ganadero rico, á quienes administró respectivamente justicia Sancho Panza el primer día que tomó posesion de su gobierno.

Los cuatro pajes que al entrar en su palacio el gobernador Sancho salieron á darle aguamanos.

El que parecia estudiante que echó la bendicion en la mesa.

El doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirtiafuera.

El correo portador de la carta del duque.

El secretario de Sancho Panza.

El labrador de Miguelturra que, entre otras cosas, pidió á Sancho trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de su hijo el bachiller.

Los corchetes y demás que acompañaron á Sancho en su ronda.

Los dos hombres que encontró aquel riñendo en la calle.

El mozo que, así como vió la ronda, empezó á correr como un gamo.

La hija y el hijo de don Diego de la Llana, hidalgo principal y rico de la Insula Barataria.

La criada que abrió á los dos primeros la puerta de su casa.

Sanchea, hija de Sancho, y la cantidad de mugeres que en el

arroyo del pueblo de aquellos estaban lavando cuando se presentó el paje de los duques preguntando por Teresa Panza.

El forastero que hizo á Sancho la pregunta ó consulta de si habia de castigarse ó no al que pasó cierto puente y dijo la verdad.

Las veinte ó mas personas que con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas iban gritando á grandes voces por los corredores del palacio del gobernador Sancho.

Ricote el morisco, tendero del lugar de Sancho, y los cinco peregrinos que le acompañaban.

El estudiante que al sacar á Sancho de la cueva donde habia caído dijo «que así habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores.»

Los muchachos y la mucha gente que rodearon á don Quijote y á Sancho, cuando, fuera ya este de la cueva, se llegaron al castillo de los duques.

El lacayo gascon llamado Tosilos.

Los doce hombres vestidos de labradores que encima de la yerba de un pradito verde estaban comiendo, los cuales conducian, para un retablo que hacian en una aldea, unas imágenes de relieve y entalladura, cubiertas con unos lienzos.

Las dos hermosísimas jóvenes vestidas como de pastoras que al ir á romper sus redes se presentaron á la vista de don Quijote y de Sancho.

El hermano de una de las anteriores, vestido asimismo de pastor.

Las treinta ó mas personas, vestidas tambien bizarramente de pastores y pastoras, compañeros de las anteriores, que se estaban holgando en el campo, y con las cuales comió don Quijote y su escudero.

La muchedumbre de hombres á caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, que conducian toros bravos y mansos cabestros, que otro día habian de correrse en su lugar.

El enterero que cenó con Sancho dos manos de ternera cocidas, con sus garbanzos, cebollas y tocino.

Los huéspedes de la venta, don Juan y don Gerónimo, con quienes habló don Quijote sobre la segunda parte de su historia, compuesta por Avellaneda.

El capitán Roque Guinart y sus cuarenta bandoleros.

Claudia Gerónima, hija de Simon Forte, singular amigo de Roque Guinart.

Don Vicente Torrellas, hijo de Clanguel Torrellas, y prometido esposo de Claudia.

Los criados que acompañaban al anterior.

Los dos capitanes de infantería española, sus dos mozos de mulas, los dos peregrinos, doña Guiomar de Quiñones, muger del regente de la vicaría de Nápoles, su hija pequeña, la doncella, la dueña y los seis criados que la acompañaban, á todos los cuales detuvieron en el camino los bandoleros de Roque Guinart.

Los soldados de las galeras que estaban en el puerto de Barcelona cuando llegó don Quijote, y que disparaban infinita artillería á primera hora del día de san Juan.

Don Antonio Moreno, caballero rico y esperto, amigo de Roque Guinart, y los que salieron con él á recibir á don Quijote.

La muger del don Antonio.

Los muchachos que á la entrada de Barcelona, alzando el uno de la cola del rucio, y el otro de la de rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Los amigos de don Antonio Moreno, que honraron y trataron á don Quijote como caballero andante.

El castellano que, yendo de paseo don Quijote con su huésped y con los amigos de este, leyó el réculo que le pusieron en las espaldas, y escalmó aquello de «vátate el diablo, etc.»

Los muchachos y toda la gente que se daba prisa á leer dicho réculo.

Los amigos de la muger del don Antonio y las demas personas que concurrieron al sarao que hubo en la casa de este para honrar á don Quijote, y para que todos gustasen de sus nunca vistas locuras.

Las dos damas, de gusto pícaro y burlonas, que sacaron á danzar á don Quijote, moliéndole no solo el cuerpo, pero el ánima.

El sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, respondiente de la famosa cabeza encantada.

Los oficiales de la imprenta donde entró don Quijote, y el autor que estaba en la misma viendo componer el libro toscano llamado «La bagatelle» que habia traducido en nuestra lengua castellana.

El general, el cómitre, la chusma, y todos los demas de las galeras que habia en el puerto de Barcelona, en las cuales tanto se obséquió á don Quijote.

El virey de la ciudad.

Las treinta y seis personas que habia en el bajel turco apresado por dichas galeras.

El arraz del citado bajel, que se descubrió era Ana Felisa, hija de Ricote el Morisco.

Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que te-

CORTE PERPENDICULAR DE UN NAVIO DE GUERRA.

(Las siguientes indicaciones corresponden , con la mayor exactitud posible , por medio de las distancias conservadas entre ellas , á los diversos detalles del grabado ; subiendo ó bajando con la vista línea por línea , se hallará fácilmente cada uno de los títulos en relacion con la parte del navio en que se halla la escena que debe explicar.)

Marineros bajando de rizar una vela.

Marineros rizando una vela.

Marineros poniendo velas al sol para secarse.

Grumete izando banderas de señal.

Marineros pintando la proa.

Marineros bajando un tonel de agua.

Visita del cirujano.

Comedor y camarote
del comandante del buque.

Cocina.

Cámara de los
guardias marinos.

Marineros
levantándose.

Ejercicio de cañon.

Camarote
de los oficiales.

Comedor y sala
de los oficiales.

Cura
de un herido.

Ejercicio de fusil.

Rancho de los
marineros.

Composturas
del velamen.

Almacen de
carnes saladas.

Almacen de
pan y galleta.

Enfermeria.

Marineros echando
una lancha al agua.

Almacen de velamen y cordage.

Calabozo.

Marineros
en el cepo.

Almacen
de balas.

Despensa.

Santa Bárbara.

Almacen
de poleas.

Almacen general.

Caballos en la sentina.

Almacen de
paja y heno.



Ayuntamiento de Madrid

nia su lugar muy cerca del de don Quijote, amante de Ana Felix.

El *renegado español* que fue á Argel á por él don Gaspar Gregorio. La mucha gente que por ser fiesta se estaba solazando á la puerta de un meson, incluso los labradores que consultaron con don Quijote la apuesta de los dos convecinos suyos, el uno que pesaba cinco arrobas y el otro once.

Los *hombres* que llevaban á vender á una feria mas de seiscientos puercos.

Los diez *hombres* de á caballo y cuatro ó cinco de á pie que, arbolando sus lanzas se apoderaron de don Quijote y de Sancho.

Don Alvaro Tarfe, caballero de Granada, y los tres ó cuatro criados que le acompañaban.

El *alcalde* y el *escribano* que entraron en el meson donde se hallaba don Quijote y el don Alvaro, y que intervinieron en la declaración que á instancia del primero rindió el segundo, sobre que él no era el don Quijote que andaba impreso en una historia intitulada *«segunda parte de don Quijote»*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Los dos *mochachos* que estaban riñendo en las eras del lugar de don Quijote.

Los *cazadores* que iban persiguiendo la liebre que se agazapó debajo de los pies del ruco.

El *médico* que asistió en su última enfermedad á don Quijote.

El *escribano* que autorizó su testamento, y los demas que se hallaron presentes al acto.

REMIGIO SALOMON.

UN DIA DE CAMPO.

(Conclusion.)

Al terminar este diálogo de ternura conyugal llegamos á la puerta de Toledo. Yo me había colocado en la postura menos incómoda posible, y hacia los mayores esfuerzos para atraer el sueño, esperando de este modo hacer mas llevadera la incomodidad del viaje; porque aun resonaban en mis oídos aquellas palabras de don Toribio: *una hora de mal camino*. Efectivamente, á poco rato conseguí dormir, y creo que otro tanto hicieron las personas que me acompañaban. Pero no habría transcurrido un cuarto de hora, cuando un inesperado accidente nos hizo despertar á todos sobresaltados.

Nuestro cochero, confiado sin duda en la sensatez y cordura de sus caballos, había abandonado el látigo (que por otra parte era inútil, tratándose de aquel par de rocinantes) y se había encomendado á Morfeo de todo corazón, y ¡rara coincidencia! igual determinación había tomado el conductor de los ó tres galeras que venían por el mismo camino, pero en dirección opuesta á la que nosotros llevábamos. Encontráronse frente á frente las mulas de la galera y los caballos de nuestro coche, aquellas decididas á no abandonar un punto la línea que se habían trazado, y nuestros jamegos por un acto de deferencia al sexo femenino, ó porque la ley del mas fuerte impera lo mismo entre los animales irracionales que entre los *racionales animales*, ó en fin, sea por lo que quiera, cedieron un poco de su derecho y se desviaron á un lado; pero no lo bastante para dejar espedito el paso á la primera galera. Sucedió lo que no podía menos de suceder: que las ruedas delanteras del coche chocaron contra las de la galera, produciendo un sacudimiento que nos hizo despertar, como he dicho mas arriba.

La que primero sacudió el sueño fué doña Andrea, y lo hizo dando un grito terrible, que fué para los demás la señal de alarma. Pepita tambien gritaba, creyendo que había sucedido alguna desgracia. Federico y Carlitos lloraban porque veían consternadas á su madre y hermana. D. Toribio preguntaba refregándose los ojos qué había sucedido. Y yo quise asomar la cabeza por la ventanilla para informarme de la causa de aquel choque violento é inesperada detención; y al hacerlo ¡desgraciado de mí! me olvidé de que tenia sobre mis rodillas el canasto... Me pongo en pié, y entonces ¡ay! entonces aquel almacén ambulante de comestibles, aquel inmenso edificio de mimbre, verdadero museo de cazuelas, pucheros, platos, tazas, vasos y botellas, rueda con estrépito horroroso, magullando los pies de aquella gente, sobresaltada ya por el anterior fracaso, y viene á dar la última mano al cuadro desolador que ofrecia el interior del coche... Me quedé petrificado y sin saber qué hacer ni qué decir... Entre tanto se oían fuera voces como de una acalorada disputa entre nuestro cochero y otra persona que no podíamos ver.

—V. será el bárbaro:—decía uno.—Si V. no se hubiera dormido no hubiera sucedido esto.

—El bárbaro será V.: no hubiera sucedido esto si V. hubiera estado despierto.

—Lo que le digo á V. es que no me hable mucho, porque....

—Si dice V. una palabra mas, le cruzo la cara....

—¿V. á mí?

—Si señor.

—Veremos quién lleva el gato al agua.

—Pues ya se ve que lo veremos....

Y dieron principio á sacudirse sin compasión sendos garrotazos; lo que aumentaba mas y mas el conflicto en que nos encontrábamos. En vano voceábamos cuanto nos era posible para que nos informáran del lamentable suceso que allí tenia lugar: en vano D. Toribio se esforzaba por levantar de entre las piernas de los circunstantes el objeto de su mas tierna solicitud: en vano tentaba yo por abrir la portezuela del coche.... Aquello era un laberinto imposible de describir. Doña Andrea y Pepita gritaban desaforadamente: los chiquillos se desgañaban á llorar: D. Toribio votaba como un carretero; y yo.... yo estaba mudo, atónito, espectador pasivo de aquel concierto infernal.

Poco á poco fueron sosegándose todos: los de afuera, despues de una acalorada sesión de competencia, volvieron á ocupar sus respectivos puestos, sin dejar de lanzarse provocativas palabras y desvergonzados epítetos. El conductor de las galeras arreó sus mulas y siguió su camino; y lo mismo hizo nuestro cochero, despues de contárnos el lance ocurrido y sufrir una peluca de don Toribio. Por su parte, el canasto volvió á ocupar, con harto sentimiento mio, el lugar que le correspondia, y volvimos á emprender nuestro viaje.

A las dos llegamos al sitio que había elegido don Toribio, y donde, segun nos había repetido cien veces, habíamos de divertirnos. El cochero detuvo sin mucho esfuerzo los caballos á una voz de don Toribio, y corrió á abrirnos la puerta de aquel calabozo con ruedas. Por primera vez en mi vida senti que se me dilataba el corazón al ver el campo; efecto sin duda de las torturas que había sufrido en el carruaje.—De seguro, dije para mí al ver mis buenos ánimos, de seguro me voy á divertir.

El que saltó primero á tierra fué don Toribio, quien recibió en sus brazos el malhadado canasto con mas pulso que si se tratara de un castillo de mazapan. Sucesivamente fuimos saliendo los restantes de aquella huronera, cubiertos de sudor, llenos de polvo, jadeando y entumecidos los pies, de manera que apenas podíamos sostenernos en pié; parecíamos una tropa de inválidos ó una asamblea de gotosos. El sol vertía á torrentes sus rayos abrasadores sobre nosotros, la arena del camino chamuscaba nuestros pies como si camináran sobre un horno de fundición; no se movia el mas ligero soplo de aire, y profundo silencio reinaba á nuestro alrededor. Yo tendí la vista á todas partes buscando un parage donde pudiéramos estar á cubierto de los ardores del sol, y divisé á poca distancia una pradera de corta extensión y dos ó tres árboles de escaso follaje, pero que al fin proyectaban alguna sombra. Se lo hice notar á don Toribio, y allá nos dirigimos.

Don Toribio marchaba delante, orgulloso con su carga, y decidido á no abandonarla hasta colocarla en parage seguro. Pero sin duda el génio protector de los dias de campo no nos había jurado guerra á muerte. Es el caso que D. Toribio llevaba el cesto abrazado de tal manera, que le era imposible ver el terreno que pisaba... De repente dimos un grito espantoso al ver al hombre-canasto hundir primero una pierna en un hoyo que se hallaba á su paso, balancearse despues como una torre agitada por las sacudidas de un terremoto, y en fin, perder el centro de gravedad, y desplomarse con estrépito... Todos corrimos á impedir la catástrofe... ya era tarde! Don Toribio se había puesto en pie, sin lesion alguna afortunadamente; pero el desgraciado canasto no había tenido igual suerte: apenas daba señales de vida, y la sangre salía á borbotones de sus profundas heridas. Del mejor modo que nos fue posible procuramos levantarle; y despues de penosos esfuerzos logramos conducir al cadáver al sitio de descanso. Allí quiso don Toribio que se procediera á la autopsia, para ver qué vísceras habían sufrido mayor lesion, y ocurrir á la cura con toda la prontitud que las circunstancias exigian; pero despues de una detenida consulta y atento exámen de las causas que podian haber producido la copiosa hemorragia que se había manifestado, se decidió que convenia dejar obrar á la naturaleza y no agravar el mal con extemporáneos remedios. Así se hizo por consentimiento unánime de los asistentes, y volvieron á quedar las cosas en el mismo estado que tenían anteriormente.

Ahora bien quisiera pintar minuciosamente los actos, cuadros, escenas y diálogos tan divertidos que tuvieron lugar desde que ocurrió el lamentable suceso de que teneis noticia, hasta la hora de comer. Deciros cómo nos sentamos á la sombra de un árbol, fatigados de nuestra quijotesca expedición; cómo don Toribio, consolado en parte del trágico suceso, queria que nos divirtiéramos á todo trance, y proponia para ello, entre otros medios, el de jugar á la gallina ciega; cómo los chiquillos se pronunciaron en favor de la opinión y del gusto de su papá; y en fin, cómo se echaron suertes para ver quien había de ser la gallina; y cómo me tocó ser la victima; y cómo me vendá-

ron los ojos con un pañuelo de algodón; y cómo me sofocaron y cargaron y estrujaron por espacio de media hora; y cómo me... *divertí*. Pero ya que nada de esto pueda referir, en obsequio de la brevedad, figuráoslo como podáis, mientras yo repaso los apuntes de esta historietita (que ya va haciéndose algun tanto pesada) para proseguir su narración.

—Las seis. Ea! A comer! dijo D. Toribio.

—A comer! repetimos en coro; y nos colocamos alrededor del aporreado canasto.

—Mira, Carlitos: tú aquí con D. Fernando; y tú, Federico, á mi lado. Y juicio! porque si no...

Mientras don Toribio llamaba al orden con estas palabras á los traviesos muchachos, iba destapando con sumo cuidado las provisiones de boca almacenadas en el canasto. De allí fueron sacando, como de otra arca de Noé, multitud de bichos de todas especies, de que se irá haciendo mencion mas adelante. Pero á medida que se iba penetrando en el fondo, una exclamacion de pesar salia de entre los circunstantes, y acompañaba á cada nuevo objeto que don Toribio sacaba del cesto y colocaba con esquisito tacto sobre la yerba. Y aquella exclamacion era motivada ciertamente; porque apenas se encontraba plato, vaso, puchero ni cazuela que no hubiera sufrido los trágicos efectos del camino. Doña Andrea contenia las lágrimas que se asomaban á sus ojos, sin duda por no turbar la alegría de un día de campo; contentándose con lamentar la torpeza de su marido y la malhadada ocurrencia de pensar en diversiones campestres. Por su parte don Toribio paraba menos su atencion en los estragos sufridos por las vajijas que en las alteraciones de lo que contenian, que eran de bastante consideracion.

—Jesus!—exclamaba doña Andrea—no ha quedado cosa con cosa! Mira, mira lo que ha durado la jarra de china!... Bien decia yo que hubiera sido mejor traer la otra mas ordinaria.... Pues no digo nada!... las botellas hechas añicos; y el vaso tallado que en cuarenta años no habia sufrido el menor tropiezo!... Vamos... es cosa de desesperarse... Todo se lo ha llevado el diablo! ¡Lo ves, hombre?

—Si; ya lo veo...—decia con mucha flemma D. Toribio.—¿Qué se ha de hacer?... Es una desgracia; pero ya no tiene remedio... No hay mas que conformarse.

—Buena conformidad! Si tú no fueras terco, nada de esto hubiera sucedido...

—Otra vez!...

—Pues tengo razon...

—Ya escampa!...

—Todas tus cosas son así!...

—Mira, Andrea; tengamos la fiesta en paz... No que inquietes con tus impertinencias, porque...

Y en este altercado, que llevaba camino de no parar en bien, dió principio la comida. Aquí se abrió á doña Andrea nuevo campo para renegar de la torpeza de su marido, y á don Toribio para dar al diablo la poca memoria de su muger.

Todos advertiamos que don Toribio, despues de haber estraído cuanto contenia el cesto y colocádolo en buen orden sobre el santo suelo, buscaba todavia alguna cosa que no podia encontrar.

—¿Qué buscas?—preguntó doña Andrea,—si ya no han quedado ahí mas que pedazos de cristal y loza, gracias á tu torpeza?

—Busco los cubiertos, que sin duda se han quedado en casa, gracias á tu prevision...—Y añadió dirigiéndose á mí:—Si viera V. qué muger tan previsora me ha dado Dios!... Y que haya insensatos que se llen de mugeres para maldita la cosa!...

—Cómo ha de ser!—exclamaba doña Andrea con irónica sonrisa.—Es una desgracia... pero ya no hay remedio... No hay mas que conformarse...

—Papá!—decia Federico, poniendo la cara mas triste que podia:—papá!

—¿Qué quieres, hijo?

—Que me des de otro pan, porque este sabe mal... sabe á vino... Fúl... Yo no quiero de este pan...

—Hijo, agradéceselo á tu padre, que ha dado al traste con las botellas de Carifena y de Champagne,—decia doña Andrea.—Toma, hijo... pero qué!... si todo el pan está empapado en vino, que no se puede comer!...

—No os faltarán escrúpulos,—decia don Toribio.—A que yo no dejo de comerlo por eso?

—Tú puedes hacer lo que quieras; pero yo no lo probaré... Solo el dolor me ataca á los nervios...

—Y á mí tambien,—exclamaba Pepita, aplicando á la nariz el pañuelo.

—Huele como aquello que trajo papá de la botica para matar las chinches,—decia Federico.

La ocurrencia del niño escitó la risa general, que bien pronto fue interrumpida por un agudo grito de dolor que lanzó Carlitos, quien,

llevándose ambas manos á la boca, empezó á chillar desahoradamente.

—¿Qué es eso, hijo?... qué tienes?—exclamó sobresaltada doña Andrea.

—Ay! ay! ay!...

—Te has mordido la lengua?—preguntaba su papá.—Vaya!... eso no es nada...

—Ay! ay! ay!...—y arrojó un pedazo de tortilla que tenia en la mano.

—Pero qué es eso?... No te gusta?...

—Ay! ay!...—y sacó de la boca un fragmento de botella que sin duda iba envuelto en la tortilla que comia, y con el que se habia herido la lengua.

—Jesus! Jesus!—exclamaba azorada doña Andrea.—Reniego de los dias de campo y de... A ver, hijo, escupe, escupe... Dónde te duele?...

Pero el chico seguia llorando de todas veras y sin hablar una palabra.

—De todo esto tiene la culpa tu padre,—decia doña Andrea enjugándole las lágrimas.

—Pues ya escampa!—decia su marido;—conque yo tengo la culpa de que...

—Si, tú; y nadie mas que tú! Si tú no hubieras sido torpe, no se hubiera caído el cesto, y no se hubieran hecho trizas las botellas, y no se hubiera lastimado Carlitos, y...

—¿Quieres callar con mil pares de...—la interrumpió colérico su esposo.

—No: no quiero callar!...

—Pues es que ya se me va calentando la cabeza; y si se llenan las medidas...

Entonces me creí en el deber de interponer mi mediacion entre los avinagrados esposos, aventurando algunas frases de paz y concordia, que afortunadamente fueron tomadas en consideracion. Restableciéndose un poco la calma, dejó de llorar el muchacho, y siguió la comida, que no describiré minuciosamente por no abusar de la paciencia de mis lectores. Y así, pasaré por alto los *divertidos* episodios á que dió lugar, concretándome á decir que apenas probamos bocado de ella, porque la tortilla estaba incrustada de pedazos de cristal y vidrio, nuevo género de mosaico, desconocido hasta el día; el pabo asado se convirtió en una ensalada particular, de un sabor indefinible, porque habian caído sobre él al naufragar el buque que le llevaba á bordo, todas las plagas de la cocina, el aceite, el vinagre, la sal, la pimienta, con mas, un frasquito de rom y un tarro de dulce de cabello: las truchas escabechadas y el jamon en dulce se habian casado sin dispensa: las frutas se habian hecho tortilla sin intervencion de la cocinera: las aceitunas habian formado estrecha alianza con los quesos helados, desafiando la audacia de los golosos: en fin, reinaba allí la anarquía culinaria mas completa. Así es, que á escepcion de don Toribio, que, segun decia, era poco escrupuloso, los demás apenas tocamos á la comida.

Finalizada esta, con gran satisfaccion por mi parte, recogidos los pocos utensilios de loza que se habian salvado de la catástrofe, y renegando cada cual á su manera de las inocentes *diversiones* del campo, volvimos á entrar en el coche; y antes de hora y media nos apeábamos á la puerta de la casa de don Toribio.

Y no se crea que aquí dieron fin las diversiones del día: aun nos faltaba la mejor de todas. Despues de veinte minutos empleados en subir la eterna escalera que conducia á la habitacion de don Toribio, nos encontramos con que doña Andrea se habia olvidado de tomar la llave de la puerta, y el criado se habia acordado de sacar á pasear á la criada, contando con que los señores no volverian de su campestre expedicion hasta las nueve ó las diez de la noche.

Esperamos un cuarto de hora... media hora... los criados no parecian.

Don Toribio fue de parecer que bajáramos al cuarto segundo mientras aquellos venian; pero su muger lo creia escusado, creyendo que doña Prisca (que era la inquilina) habria salido á pasear con sus hijas. En esto oímos cerrar una puerta, que don Toribio dijo era la del cuarto segundo.

—Pues es señal de que estan en casa,—dijo—y echó á andar hacia el cuarto segundo, y nosotros tras él.

Tiró del cordon de la campanilla, y se abrió la puerta... Otra *diversion* nos esperaba. Doña Prisca daba aquella noche un baile á sus contertulios, para celebrar los dias de una de sus hijas.

—Tanto mejor,—dijo don Toribio en ademán de entrar:—con eso nos divertiremos un rato... Vamos... ir entrando.

Si mis lectores no han olvidado que yo llevaba puesta la chaqueta de mahon de don Toribio y el gorro que sirvió á su ayuda de cámara para ir á las máscaras (segun declaracion de Federico), podrán formar una idea del apuro en que me encontraria, en vísperas de presentarme en un baile, si no de gran tono, decente por lo menos.

Don Toribio nos instaba á entrar; pero yo me resistia tenazmente, mostrándole mi traje poco adecuado.

—Qué escrúpulos! Aquí puede V. entrar como en mi casa: son personas de confianza.

—Pero hágase V. cargo...

—No hay cargo que valga... Ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—No, no: es imposible.

—Cómo imposible?—Y me cogió por un brazo, decidido á arrastrarme consigo á la sala del baile.

—Por Dios! D. Toribio...

—Adentro!...

—Ya estan aquí!—gritó desde fuera doña Andrea.

Aquellas palabras me volvieron la vida. Efectivamente los criados subian la escalera.

Don Toribio me soltó para ir á echar una peluca á sus domésticos, verificado lo cual, volvimos á subir á su habitacion. Allí arrojé la chaqueta y el gorro, tomé mi ropa, me despedí de mis compañeros de fatigas, dándoles las gracias por los ratos divertidos que me habian proporcionado, y salí de allí con propósito firme de no volver á ver el campo lo menos en un año, voto que he cumplido hasta el presente sin gran trabajo.

No concluiré este artículo, amables lectores, sin daros un consejo. Si en algo apreciáis vuestro bienestar, no asistais jamás á un día de campo; y si lo haceis, pensadlo bien antes; y si lo pensais bien antes, no vayais despues. Dos cosas hay en la vida que exigen meditarse mucho, porque despues de hechas no tienen remedio: una es el casarse; otra asistir á un día de campo.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

EL AMOR DE LOS AMORES.

Cántiga primera.

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á ti, ¡dulce amor mio!
Cuando lleven al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...

A ti, sin nombre para mí en la tierra,
¿Cómo te llamaré con aquel nombre
Tan claro que no pueda ningún hombre
Confundirlo al cruzar por esta sierra?
¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de ti; que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venia?
¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?
¿Y por qué de mi vista has de esconderte?
¿Por qué no has de venir si yo te llamo?
¿Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas,
Como vengas al pie de las encinas,
Si no hay mas que palomas campesinas
Que están también con sus amores ciegos?

Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta;
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque despues lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

Cántiga segunda.

Como lirio, del sol descolorido,
Ya de tanto llorar tengo el semblante;
Y cuando venga mi gallardo amante
Se pondrá al contemplarlo entristecido.

A cada instante lavo mis mejillas
Del fresco manantial en la corriente,
Y le vuelvo á esperar mas impaciente

Cruzando con afán las dos orillas.

A la gruta te llaman mis amores;

Mira que ya se va la primavera,

Y se marchitan las lozanas flores

Que traje para tí de la ribera.

Si estás entre las zarzas escondido

Y por verme llorar no me respondes,

Ya has visto que he llorado y he gemido,

Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.

Tú pensarás tal vez, que desdeñosa,

Por no enlazar mi mano con tu mano,

Si te me acercas correré hácia el llano

Y á los pastores llamaré medrosa;

¡Pero te engañas, porque yo te quiero

Con delirio tan ciego y tan ardiente,

Que un beso te iba á dar sobre la frente

Cuando me dieras el Adios postrero!!

Cántiga tercera.

Pero ¡te llamo yo, dulce amor mio,
Como si fueras tú mortal viviente!

Cuando solo eres luz, eres ambiente,

Eres aroma, eres vapor del rio.

Eres la sombra de la nube errante,

Eres el son del árbol que se mueve;

Y aunque á adorarte el corazon se atreve,

Tú, solo en la ilusion eres mi amante.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro,

Eres tan solo tú, señor, Dios mio,

Si te busco y te llamo, es desvario

De lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te veré, porque no tienes

Ser humano, ni forma ni presencia;

Yo siempre te amaré, porque en esencia

A el alma mia como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca

El beso que al ambiente le regalo;

Siempre el suspiro que á tu amor exhalo

Vendrá á quebrarse en la insensible roca.

Pero cansada de penar la vida,

Cuando se apague el fuego del sentido,

Por el amor tan puro que he tenido,

Tú me darás la gloria prometida.

¡Y entonces, al ceñir la eterna palma,

Que ciñen tus esposas en el cielo,

El beso celestial que darte anhelo,

Llena de gloria te dará mi alma!

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla.

GEROGLIFICO.



MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.